

## ARTÍCULO DE OPINIÓN

### Siria en sus actuales circunstancias

Juan José Santander\*

Vivimos en tiempos de postverdad.

Ése es al menos el pomposo nombre académico para afirmar, argumentar y sostener lo que no es.

Ya Protágoras, con su manoseado “el hombre, medida de todas las cosas”, no estaba postulando lo que intentó el humanismo renacentista europeo, sino simplemente aducir que como yo lo percibo o creo que es, así es.

Al menos para mí, con lo que esta postmoderna, postindustrial postverdad no resulta ni original ni novedosa. Sí desfachatada.

Pero vamos a las argumentaciones:

Jenófanes de Colofón, que vivió durante casi todo el siglo VI y parte del V a.C., proponía, según Plutarco, “que estas cosas sean presentadas de modo que se asemejen a las verdaderas”, adelantándose así en dos milenios y medio al sabio consejo de Jean Cocteau: “*Ces mystères nous dépassent: feignons d’en être les organisateurs*”. Estos misterios nos superan: finjamos ser sus organizadores.

Esta mención apunta a señalar la variedad y a menudo contradictoria diversidad de argumentos cuando se afrontan las actuales circunstancias de Siria.

No se trata sólo de diferentes maneras de considerar, interpretar y apreciar los hechos sobre el terreno y sus antecedentes, sino también de que esto responde, además del refrán “cada uno cuenta la fiesta según le fue en ella”, a los intereses propios de cada uno de los participantes en esta tragedia a la que no son ajenos los países vecinos y de la región sino asimismo las grandes potencias, sobre todo la mayor de todas, Estados Unidos, y su desafiante y aspirante al peso en esa categoría, la Rusia de Putin.

El advenimiento de Trump en Estados Unidos abre además nuevos interrogantes, quizá menos, atento al panorama de su primera gira al exterior, o menos novedosos, que lo que se especulaba, esperaba y temía.

El caso es que todo parecería haber comenzado en lo que se dio en llamar “primavera árabe”, denominación de la que cabría inferir que el cambio climático ha afectado hasta la terminología. Aún más, supongo, desde el retiro de Estados Unidos del Acuerdo de París.

En aquel momento, ciertos grupos sociales estimaron llegado el tiempo de alcanzar libertades semejantes a las disfrutadas por los habitantes de otros países del mundo, sobre todo,

---

\* Ministro, en el Servicio Exterior de la Nación desde 1971. Profesor de Castellano y Ciencias Sociales, Universidad Nacional del Litoral (UNL). Master en Ciencias Sociales, Especialidad en Relaciones Internacionales, FLACSO/Argentina. Prestó servicios en las Embajadas argentinas en Siria, Túnez, Libia, Venezuela, Singapur, Filipinas, Egipto, Marruecos e India entre 1973 y 2012. Condecorado por los Gobiernos de Alemania y Marruecos. Consultor y miembro del Comité de Estudios de África y Medio Oriente del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI) desde 1995.

reconozcámoslo, de lo que se suele llamar Occidente, y también de tener una participación en el gobierno de la sociedad que integran, lo que implica también, en el manejo de sus riquezas.

Los dirigentes del movimiento inicial de protesta, que incluía a mujeres y a miembros de distintas confesiones proponían una revuelta no violenta ni sectaria, procurando evitar y teniendo presente la suerte corrida por el levantamiento de 1982 en Hama, inspirado por los Hermanos Musulmanes, y su virtual aniquilamiento por parte del gobierno del padre y antecesor de Básher, Hafez Al Assad.

Habiendo comenzado en marzo de 2011, la brutal represión que el régimen de Damasco ejerció contra manifestantes pacíficos y el despliegue a ese fin de milicias sobre todo alauitas provocó una movilización sectaria: promediando el año, los sunís opositores de Al Assad en toda Siria tomaron las armas. Esto derivó en nuevas masacres y más enfrentamientos, como el acorralamiento de comunidades sunís en áreas estratégicas así como de localidades en el Norte habitadas por shiís leales a Damasco.

El corte dinástico del gobierno de Báshar Al Assad, su sesgo de minoría sectaria por tal, no deben escamotearnos el hecho de que -quizá por un remoto vestigio de la secularidad multiconfesional originaria del partido Baaz, junto con el Iraq de Saddam Hussein, el Egipto de Nasser y El Líbano que con todas sus fragilidades consigue subsistir- significa el último testimonio de una sociedad árabe abierta a cierta modernidad sin perjuicio de su identidad tradicional, ajena al amparo de dinastías también más o menos inventadas, nacionalismos recortados por los designios de las potencias coloniales, restos de ideología de los movimientos de liberación y caudillos militares crecidos al abrigo de esas circunstancias.

Lo menciono porque ese gobierno minoritario está obligado desde hace tiempo a negociar con otras minorías, que serían todas ellas probablemente avasalladas por una dirigencia que se considerara legitimada por su condición mayoritaria, en este caso suní, y contaría además con el apoyo de varios regímenes de la región que comparten y promueven esa rama mayoritaria del Islam. Que, recordémoslo, comparten con Al Qaida y el autodenominado califato de ISIS.

Los clérigos uahabis de Arabia Saudí y aquéllos ligados a otras monarquías del Golfo contribuyeron a debilitar el núcleo civil de la sublevación promoviendo y apoyando a rebeldes salafistas que rechazaban la democracia, enarbolaban el despojo suní por parte de los alauís apóstatas y sus aliados shiís y no tardaron en atacar a los participantes secularistas impulsores del movimiento inicial. Así nace el grupo Jaísh Al Islam, Ejército del Islam, con reivindicaciones más o menos fantasiosas de la dinastía Omeya como parapeto contra el avance shií.

Ese apoyo saudí fue aflojando a medida que transcurría el conflicto, por presiones de Estados Unidos tanto como por deber atender a su intervención en Yemen.

No todos los sunís en Siria, sin embargo, están en contra de Al Assad. ISIS ha atemorizado a lo que queda de clase media en el devastado país. Muchos preferirían una relativa estabilidad bajo la égida familiar de los Assad al caos total. Recuérdese la familia siria que tras la recuperación de Alepo por las fuerzas gubernamentales eligió recientemente partir de vuelta a su ciudad desde Mendoza, donde todos sus miembros habían sido recibidos e instalados como refugiados.

Una proporción desconocida de sunís que han permanecido o se han desplazado a áreas bajo dominio gubernamental pueden tener intereses que coinciden con los del régimen o bien lo prefieren a lo que consideran una inevitable alternativa islamista. Otros han tratado de mantenerse al margen o no expresar su oposición simplemente por temor a represalias.

Finalmente, debe recordarse algo que a veces la juventud de varios países surgidos tras las dos guerras mundiales y el proceso de descolonización olvidan: se trata de entidades geopolítica e históricamente muy antiguas –en este caso, de las más antiguas registradas- que, a través de sus diversos avatares han conservado rasgos tradicionales milenarios que aún se evidencian en la vida cotidiana y en la trama social. En Siria, las familias poderosas lo son desde hace mucho tiempo y han sorteado las más variadas peripecias para conservar su poder y

prestigio; es decir, que han convivido con los Assad como sus antepasados con tantos otros, y los Assad han tratado de que jugaran a su favor o al menos que no se les opusieran, negociando esa anuencia o apoyo en el más concreto y crematístico de los sentidos.

Ello ha permitido la preservación de cierta apariencia de gobernabilidad, por una parte y, por otra, que el gobierno de Damasco lograra conservar, mediante representantes atentos a los vínculos locales mencionados, una cierta apariencia de dominio. Por lo demás, las situaciones son a veces tan desesperadas que el amparo de alguna forma de orden que permita la cotidianeidad es preferible al caos.

Recuérdese que ya las primeras comunidades musulmanas optaron por admitir un califa dominante y reconocerle la “sulta” –el poder, de donde “sultán”- para alejar el espectro de la “fitna”: el desorden, el caos.

A partir del momento en que Moscú decidió tomar cartas en el asunto, los gobiernos que inicialmente los habían sostenido dejaron a los rebeldes a su suerte. La volubilidad del apoyo de Turquía, Jordania y los países del Golfo evidenció que los consideraban instrumentos de sus objetivos geopolíticos y no aliados en una identidad suní común y transnacional, lo que contrasta con el apoyo exterior recibido por Al Assad, bastante más constante y mantenido.

Recordemos, por otra parte, que el principal sostén del régimen alauita, además de Rusia, es Irán, no sólo shií –Shi’a es, en árabe, literalmente, secta-, sino persa, esto es, no árabe.

El hecho de que la Shi’a haya nacido entre los árabes y casi en vida de Mahoma, a partir de la descendencia del cuarto califa, Ali, yerno del profeta, no obsta para que, salvo el Iraq posterior a las intervenciones de Estados Unidos, sea Irán su principal representante.

Hay shiís en muchísimos países donde hay musulmanes, incluida la India, que más temprano que tarde contará con el mayor número de fieles en el mundo. De hecho, la primera inmigración musulmana a la Argentina parece haber sido de esa confesión, proveniente de El Líbano, y hasta hoy sus descendientes intervienen en la faena halal para la colectividad local.

Pero el problema probablemente radique en ciertas minorías singulares: en Bahrein, donde son mayoría pero bajo un gobierno y una familia real sunís; en Yemen, donde constituyen un grupo importante y de raigambre histórica y, especialmente, en Arabia Saudita, donde además de su número, ocupan el área que concentra la mayor parte de la riqueza petrolera del reino.

El comienzo de la gira que hay quien llamaría, como les gusta a los toledanos, “de las tres culturas”, de Donald Trump en su primera salida al exterior como Presidente, precisamente ahí, sumado a sus diatribas contra Irán, nos dan una vislumbre de dónde se volcaría el peso estadounidense en caso de un eventual e improbable enfrentamiento bélico entre Sunna y Shi’a, allende las fintas amenazantes. Aunque Yemen constituye un desgraciado ejemplo del paso a las efectividades conducentes en tal sentido, por ahora es sufrido trágicamente sólo por su población.

Y Siria, que es otro caso, tiene también ese trasfondo de conflicto intraconfesional –casi a la manera de las guerras europeas de religión de hace unos siglos- al que se superponen los intereses de sus vecinos en la región más los del campeón de todos los pesos y su desafiante, que ve en ésta su única oportunidad de seguir influyendo en Medio Oriente.

Así lo ha mostrado organizando en Astana, Kazajstán, en marzo de este año, una reunión donde consiguió convocar a Turquía e Irán, junto a fracciones combatientes en Siria ajenas a ISIS y Al Qaida.

La presión de Turquía sobre los rebeldes que se vieron obligados a procurar su apoyo –interesado, a árabes sí, a kurdos sirios no- ante el distanciamiento saudí, para que acudieran a la convocatoria de Moscú, debilitó la participación de esos grupos en Ginebra, donde continúan negociaciones más o menos estancadas para buscar una solución al conflicto.

Quienes asistieron a Astana, sin ilusión alguna respecto de un cambio en las intenciones rusas de sostener el régimen de Damasco, procuraban al menos obtener cierto alivio de los ataques de la aviación rusa en las áreas que ocupan.

El alarde inicial de Turquía como campeona de los sunís sirios mutó hacia un cierto alineamiento con Moscú a pesar de los enfrentamientos que protagonizaron de entrada. Esto se explica por el propósito turco de obtener la connivencia rusa para frenar a la milicia del Partido Kurdo de Unidad Democrática (PYD), vinculado al Partido de Trabajadores Kurdos (PKK) turco, e impedir que controle áreas contiguas a su frontera sur. Aparte de otros intereses económicos y comerciales que influyeron probablemente en ese giro.

La reciente decisión del gobierno de Trump de armar precisamente a esas milicias kurdas –que, debe reconocérsele, han sido las más efectivas en el combate contra ISIS tanto en Iraq como en Siria- para lograr el desbaratamiento del autodenominado califato y la toma de su capital, Rakka, provocó desde su anuncio la indignación de Ankara, con amenazas de restringir a Estados Unidos el uso de las bases aéreas en su territorio.

Estas bases proveen a las actividades estadounidenses contra ISIS desde el Norte de Siria, como las de Qátar lo hacen desde el Sur.

De ahí que resulte aún más problemática la campaña contra este Estado lanzada por Arabia Saudita en compañía de los Emiratos Árabes Unidos, Bahrein y Egipto, no apoyada por Kuwait ni por Omán, argumentando que el gobierno de Doha ampara a los Hermanos Musulmanes, quienes, aparte de su identidad religiosa moderada, nacidos hace casi un siglo como reacción ante la intervención extranjera regional –Turquía- y extrarregional –en aquel tiempo Francia e Inglaterra-, son vistos por las rancias –y no por su legitimidad milenaria ni mucho menos- autocracias del Golfo, a las que se suma un Egipto no precisamente floreciente en democracia y libertades civiles.

El ataque con armas químicas en Jan Sheijun que fue atribuido al gobierno de Damasco, al igual que otros anteriores, sin que pueda aseverárselo sin sombra de duda, provocó el primer gran gesto teatral del gobierno de Donald Trump. Como la súper bomba estallada en Afganistán constituyó más que nada una demostración de fuerza. Los rusos fueron prevenidos y se arrasó la base aérea vacía de aviones y personal.

Yendo al “*qui prodest*”, el ataque de Jan Sheijun, no benefició ni se podía considerar que beneficiaría al régimen de Damasco, como señalaron, entre otros, el sabio comentarista israelí Uri Avnery.

Fue aprovechado por la actual administración en Washington para mostrar quién tiene el brazo más largo y potente. Darle más trascendencia sería a mi entender un “*non sequitur*”.

Más allá de la tragedia de once millones de desplazados sirios y unas cuatrocientas mil víctimas en estos años de conflicto, sin contar los que perdieron la vida tratando de huír, las familias destruídas y los huérfanos, el riesgo de aniquilación, compartido con otros países de la región y no sólo Iraq, de poblaciones cristianas de tiempos apostólicos –cuya defensa no ha sido en ningún momento *casus belli*-, subyace a este conflicto, además de cuestiones geopolíticas e intereses económicos, un enfrentamiento cultural, cuyas sangrientas consecuencias no se restringen a aquella pobre castigada área sino que se hacen presentes en países occidentales como también lo hicieron en nuestro país en los noventa.

Un descubrimiento reciente estimo que lo ilustra adecuadamente. Se trata de una carta en la que Cassius Clay cuenta cómo llegó a ser Mohamad Ali. En una reunión le acercaron un periódico que circulaba entre afroamericanos en los años sesenta del siglo pasado, que se llamaba “*Mohammed speaks*” –“Mahoma habla”- y en él había una historieta, donde se veía a los primeros africanos esclavos que llegados a América se orientaban hacia la Meca para rezar en árabe, y sus amos blancos los azotaban increpándolos por rezar “en esa lengua” y ordenándoles hacerlo como les habían enseñando, rogando a Jesús, a lo que los pobres respondían: Sí, amo, rezaré a Jesús.

Dice MohamadAli que ahí se dio cuenta de que el cristianismo era la religión de los opresores.

Nadie le explicó que quienes habían convertido a sus antepasados al Islam eran los traficantes que los llevaban del interior a las costas africanas, para venderlos a ingleses y portugueses, entre tantos otros, para vergüenza general de la humanidad.

Lo más probable es que el conflicto en Siria se prolongue por décadas, que la única solución accesible a la vista sea procurar una democratización del régimen que gobierne Damasco, con tanta participación de la sociedad civil como sea posible. Y, probablemente también, aunque sea en un período de transición y mal que pese, con la presencia de Al Assad.

Todo lo dicho sobre el anterior presunto ataque de armas químicas por parte del gobierno de Damasco, puesto en duda hasta por un sabio israelí como Uri Avnery, es aplicable al caso actual del presunto ataque con armas químicas del gobierno de Al Assad en Duma.

En cuanto al terrorismo, mientras los países y los conflictos, incluido el Palestino, sigan deteriorándose y agravándose, será probablemente como cuando se arroja una piedra en un estanque: el golpe y disturbio en el agua es puntual y proporcionado al impacto, pero las olas concéntricas que de él surgen se reproducen, aunque disminuyendo poco a poco, constante y persistentemente.

Y, como la tierra es redonda, llegan a todos lados.